

Para el destino de la reforma religiosa alemana casi ningún hecho fué tan importante como estas diferencias entre el emperador y el Papa. Razon había tenido Adriano VI cuando dijo que de la tranquilidad ó intranquilidad de Italia dependía la tranquilidad ó intranquilidad del mundo entero. Habiéndose encendido la lucha titánica entre Francia y España por ambicionar cada una de estas potencias el precioso botín llamado Italia, el papado, enteramente italianizado é inseparable ya del Estado de la Iglesia, no podía menos de dedicar toda su atención y fuerza á las peripecias de una lucha en que se trataba también de su existencia, ni había en la Europa de entonces país ninguno donde el pontificado hubiese podido encontrar una existencia independiente. Por esto sería injusto hacer responsable á Clemente VII de aquella situación, que era una necesidad inevitable de la historia, por más que nos parezca repugnante la inmoralidad política de la época justamente en el jefe de la Iglesia. Los deberes contradictorios de Vicario de Cristo y de príncipe italiano fueron más funestos y trascendentales en Clemente VII que en ninguno de sus predecesores; y el protestantismo alemán debe considerarse á este Papa, según dice con razón Maurenbrecher, como uno de sus mayores bienhechores y fomentadores.

Por lo pronto, pareció que el año 1525 decidiría toda la lucha de un solo golpe contundente á favor del emperador. Mientras el rey Francisco se veía obligado por la enérgica defensa de Pavia á trocar el sitio en bloqueo, los soldados mercenarios reunidos por Borbon pudieron pasar los Alpes á las órdenes de sus jefes Marx Sittschs de Ems y el viejo Frundsberg, cuyo hijo se encontraba en la ciudad cercada. Con este recurso se reunió un ejército de más de veinte mil infantes con algunos miles de jinetes para socorrer á Pavia. La fuerza principal de este ejército consistía en los mercenarios alemanes y los arcabuceros españoles, que obedecían ciegamente á su idolatrado jefe Pescara. Este gran soldado supo sostener reunido al ejército, á pesar de carecer completamente de dinero. Dirigióse primero á sus españoles, que se declararon prontos á enajenar sus caballos, capas y hasta las camisas, para hacerse con dinero ó adquirir víveres (1). Los alemanes, como siempre, pusieron dificultades, hubo una parte de ellos que no quisieron continuar su marcha sobre Pavia sin recibir siquiera una suma á cuenta de su sueldo, mientras los de la misma nación mandados por Frundsberg declararon que preferirían ir á la muerte antes que volver atrás. Con todo, Francisco I disponía todavía del mayor número, de más artillería y de más caballería pesada, ocupando también una posición excelente. Los jefes imperiales, angustiados por la escasez creciente de la guarnición de Pavia y la falta de dinero para pagar sus tropas, estaban resueltos á aventurar una acción decisiva. Su gente, escribía el abad de Nájera, estaba en la mejor disposición como si cada uno estuviese seguro de herir al rey ó de hacerle prisionero. En 21 de febrero escribió el general Carlos de Lannoy, virey de Nápoles, al embajador español en Roma, que dentro de tres ó cuatro días sería ó muerto ó vencedor. En 24 de febrero se libró la batalla cerca de Pavia. Hacia media noche empezó la vanguardia de los imperiales el ataque al jardín amurallado en que se apoyaba el campamento del rey, y habiéndose hecho de día se encontraron los dos ejércitos dentro del jardín. Francisco, engañado por el buen efecto de su artillería y de la embestida de sus hombres de armas, creía ya tener la victoria segura cuando las bien apuntadas balas de los arcabuceros españoles sembraron la confusión en las filas de la caballería pesada y sus mercenarios alemanes, y

(1) Sobre todo para pagar á los alemanes

(N. del T.)

los suizos sucumbieron ante el empuje de sus paisanos imperiales y á un violentísimo ataque de los españoles. En esto salió Leyva de la ciudad y la derrota de los franceses se trocó en completa destrucción. El rey de Francia, que se había arrojado en medio de lo más espeso de la pelea, observó de repente que sus suizos huían á la desbandada y entonces se decidió á buscar la muerte con la flor de sus caballeros; pero quiso la casualidad que siendo derribado, con su caballo herido, no fuese muerto, como un grandísimo número de los suyos, por los vencedores, porque los españoles no daban cuartel; mas Lannoy fué llamado á tiempo y á él entregó su espada (2). Después de la batalla escribió á su madre: «Todo se ha perdido menos el honor y la vida.»

La impresión fué inmensa en toda la Europa; por un lado hubo gran júbilo entre los imperiales, pero por otro se espació una angustiosa inquietud por todas partes, porque la idea del dominio universal, temida por unos y deseada por otros, estaba en todos los cerebros. Carlos V, al saber la noticia de tan gran triunfo, mostró una modestia y una calma que no eran de esperar de sus pocos años, si bien estaba decidido á aprovechar hasta lo último la victoria. En lugar de manifestar alegría se retiró á su dormitorio, se prosternó ante una imagen de la Virgen y solemnizó la victoria con procesiones; pero la paz entre las potencias cristianas, como la quería realizar Carlos, reclamaba la reducción de la Francia á la menor expresión; requería además el encadenamiento de la Italia y el aniquilamiento de la herejía alemana; y solo entonces podría Carlos, según dice Nájera, dictar leyes á cristianos y turcos según le pluguiese.

La dificultad mayor que por lo pronto quedó en pie fué indudablemente la actitud de Inglaterra. Wolsey acababa de tratar al embajador imperial en Londres, que le era antipático, con una brutalidad que no dejó duda de que su intención era provocar un rompimiento; y habiendo sufrido Carlos este ultraje inaudito con una calma sin ejemplo, con tinuó Wolsey poniendo á prueba su paciencia con proposiciones que debían pasar por extravagancias de un demente si el cardenal no hubiese tenido el deseo de desligar á su soberano de todo compromiso con el emperador. En efecto, pidió que Carlos destronara á la dinastía de los Valois y proporcionara la corona de Francia á Enrique VIII, el cual entonces le acompañaría á su coronación en Roma y le casaría con la pequeña princesa María, con la cual heredaría á su tiempo toda la monarquía anglo-francesa reunida, y sería de hecho señor y dueño de toda la cristiandad. La citada princesa, que entonces contaba nueve años, hubo de enviar al emperador una sortija como prenda de «su amor reforzado por los celos,» justamente cuando el emperador estaba en tratos para efectuar su casamiento portugués; pero habiendo los portugueses exigido que Carlos renunciase solemnemente á la princesa inglesa, el emperador, que además de otros motivos, debía grandes sumas de dinero al rey de Inglaterra, aplazó la ruptura con su molesto aliado inglés. Wolsey hizo cuanto pudo para obligarle á dar el primer paso para efectuarla, permitiéndose hasta vociferar que Carlos era un embustero, su tía Margarita una prostituta, su hermano Fernando un niño y Borbon un traidor. En el verano de 1525 el cardenal, más influyente que nunca en el consejo del rey, estaba en la mayor inteligencia con el Papa; y entonces empezaron con el cambio político de Enrique VIII aquellos malos tratamientos con que quiso exasperar á su esposa es-

(2) Las cosas no pasaron así. Estando Francisco I bajo su caballo herido, dos soldados españoles se llegaron á él sin conocerle; uno de ellos le puso la espada al pecho intimándole la rendición y Francisco I contestó que era el rey y entregaría su espada á un jefe. (N. del T.)

pañola, por lo pronto distinguiendo de un modo ofensivo para la reina á un hijo ilegítimo suyo, el pequeño duque de Richmond, para el cual se pidió hasta el ducado de Milan y por esposa una infanta de España. Mientras el cobarde Clemente hacía en la primavera de 1525 una alianza ofensiva y defensiva con el emperador y con Enrique VIII, se trabajaba en Italia, Francia é Inglaterra en los preparativos de una liga europea contra el vencedor de Pavia. En 30 de agosto hizo Inglaterra la paz con Francia, ganando aquella la suma entonces enorme de millon y medio de coronas y el ministro omnipotente un beneficio líquido de 130,000 coronas.

Para apreciar bien la importancia del mérito político de Wolsey es menester saber que persiguió y alcanzó sus fines en oposición á las inclinaciones personales del rey Enrique. Bajo su dirección cumplió Inglaterra por primera vez la noble misión de preservar á Europa del inminente peligro de la monarquía universal, ó sea del dominio universal de un solo hombre. También pudo ser que además y fuera de la infatigable oposición diplomática de Wolsey fuese particularmente funesto al joven emperador el tener al rey de Francia en su poder. Era fácil para el vencedor exagerar la ventaja que la fortuna había puesto en sus manos, y en lugar de continuar la guerra, para la cual era difícilísimo ya arbitrar recursos, lograr por medio de la presión personal todo lo que se quisiese del prisionero. Al verse Carlos colocado por primera vez en el caso de tomar una decisión capital, fueron de muchísimo peso su modo de pensar dinástico y su ineptitud para apreciar las fuerzas nacionales. Procedió como príncipe de Borgoña y al mismo tiempo como emperador internacional al pedir al vencido la cesión del ducado de Borgoña y la parte francesa del condado de Artois, la independencia completa de los dominios de Borbon aumentados con la Provenza. Esta exigencia prueba que para Carlos una nación no era más que una idea geográfica. La regente Luisa contestó que jamás cedería ni un palmo de territorio francés, estando en esto toda la Francia de acuerdo con ella; y en efecto, la Francia probó con su actitud patriótica é impertérrita que, como dice Mignet, habían llegado á formar un Estado unido sus territorios y una nación sus habitantes. París dió el ejemplo con las disposiciones enérgicas de seguridad que tomó, mientras la regente adoptó sus disposiciones políticas, militares y financieras sin ser desobedecida. El rey Francisco publicó por su parte la declaración de que prefería quedar prisionero toda su vida antes que perjudicar á su país, si bien es verdad que semejantes resoluciones heroicas no duraron mucho en aquel hombre; y cuando según su deseo fué llevado á España por Lannoy, y reconoció que su adversario estaba decidido á valerse de la desgracia del vencido para alcanzar lo que creía ser su derecho, en lugar de tratar con él personalmente, vaciló en su resolución. A su alegre y honroso recibimiento en España, pues en Barcelona le recibieron veintidós señores distinguidos, siguieron meses de incertidumbre, porque el emperador rehusó ver á su prisionero y solo cuando éste cayó gravemente enfermo, tanto que se temió por su vida, corrió Carlos á Madrid. Allí su prisionero al borde de la muerte le saludó el primero como servidor y esclavo suyo, al cual Carlos en cambio trató llamándole buen amigo y hermano; pero cuando se llegó á temer por la vida de Francisco se tranquilizó el emperador con la frase de la Escritura sagrada: «El Señor lo ha dado, el Señor lo ha quitado, alabado sea el Señor.» No fué afortunada tampoco la hermana del rey la amable Margarita de Alençon, que acababa de enviudar y se empleó como mediadora é hizo una tentativa inútil para libertar al prisionero. Esta princesa, que estando en España recibió de Erasmo una carta consoladora, encontró al emperador «muy frío» y se lamentó después de que había te-

nido que habérselas con los hipócritas más grandes del mundo, con gente cuyo pundonor no podía ser más reducido de lo que era. Las alternativas de resignación y de desesperación que el rey prisionero manifiesta en sus poesías le indujeron al final á comprar su libertad á cualquier precio, aunque fuese faltando á su honor. Ya en Italia había manifestado públicamente su intención de faltar á todas las condiciones insoportables que se le impusieron, prolongando su prisión, tan pronto como se viera otra vez libre, y en Madrid mismo hizo redactar una protesta formal contra la validez de todo convenio impuesto, cuyo documento hizo firmar por algunos confidentes. Gattinara, el más activo consejero de la política anti-francesa, respondía de que el rey de Francia, una vez libre, se burlaría de todos los convenios; pero á pesar de esto se firmó en 13 de enero de 1526 en Madrid la paz que, según la expresión de Baumgarten, hacía del rey de Francia un súbdito del emperador. Se obligó á ceder al Habsburgo la Borgoña tal como la había poseído Carlos el Temerario, renunciar á todas las pretensiones de Francia en Italia y en los Países-Bajos; restituir á Borbon todas sus posesiones y honores y poner toda la armada francesa á disposición del emperador. Francisco I se desposó con la hermana de Carlos, reina viuda de Portugal, y dió la palabra de caballero de volver á su prisión si á las seis semanas de hallarse en libertad no estuviesen cumplidas las condiciones del tratado de paz. Sus dos hijos fueron entregados en rehenes, pero Francisco, el día antes de jurar solemnemente el convenio sobre el Evangelio, declaró ante testigos franceses que consideraba como nulo el tratado. Al despedirse volvió á preguntar Carlos á su «hermano» si habría algún obstáculo para cumplir lo convenido, á lo cual Francisco contestó: «Quiero cumplirlo todo, y sé que en mi reino nadie me lo impedirá. Si otra cosa viéreis en mí, podeis considerarme el perverso más infame.»

Con sus vacilaciones y su dureza obstinada había conseguido Carlos que se le deshiciera entre las manos todo el soñado beneficio de la batalla de Pavia; por querer demasiado, vino á perderlo todo. Carlos se mostró profundamente indignado de la falacia de Francisco I, del cual dijo que no había procedido como noble y cumplido caballero sino como un mercachifle, según dijo, acaso intencionadamente, al embajador de Venecia. Falta saber si el emperador, hallándose en la situación de Francisco I, habría cumplido su palabra mejor que éste, lo cual es dudoso si se atiende al juego traidor que en aquel mismo año empleaba en Italia el primer general de Carlos, con el consentimiento de su soberano. Decía por entonces Maquiavelo: «La experiencia de nuestros tiempos nos enseña que los príncipes que se han cuidado poco de la fidelidad y buena fe, y que con su astucia han sabido engañar á los hombres, han hecho grandes cosas y han vencido al fin y al cabo á los que han procedido con lealtad.» Con razón pudo el gran florentino decir esto basándose en las prácticas políticas de su época. Carlos V pagó ciertamente cara la lección que recibió en la paz de Madrid, pero al mismo tiempo se enredaron en sus propias redes sus adversarios italianos, demasiado astutos.

El fracaso de la tentativa hecha bajo la dirección del Papa para librar á Italia de los extranjeros, tuvo por causa más fundamental el individualismo sin límites que caracteriza la civilización del Renacimiento y que ha sido letal para la vida nacional y política de Italia. Aun admitiendo que la Italia se hubiese emancipado del extranjero, los potentados italianos del siglo XVI no habrían tenido ni siquiera el grado casi rudimentario de interés colectivo de los potentados alemanes, que impidió la completa desmembración del imperio alemán. En Alemania existió por lo menos un lazo, si bien cada día más flojo, de unidad entre las innumerables sobera-

nías particularistas, y á pesar de su másimo estado, la singular organizacion del sacro imperio despertaba de cuando en cuando cierto sentimiento de piedad en las múltiples potencias de príncipes y ciudades republicanas que conmovian ó remendaban el edificio. En cambio la Italia, á pesar de que el nombre de la patria comun tan hermosa conmovia muchos corazones, carecia de pasado nacional comun y de tradicion política; sus hijos de mayor talento, muy al revés de sus tan glorificados antepasados romanos, no conocian ni practicaban mas que el derecho soberano particularista y no aceptaban soberano de la colectividad; ni podia tampoco un individuo intentar elevarse á soberano de los demás potentados, pues á ello se oponian casi todos los políticos italianos, habituados á la política del zorro que se ocupa en engaños ruines y cobardes. Estos hombres astutos, dice Baumgarten, bien vieron todas las ocasiones posibles de constituir una patria comun, pero al mismo tiempo vieron las dificultades que se oponian, y sobre todo unos y otros se conocian tan bien que cada uno temia siempre de los demás lo peor. Así sucedió que en el momento en que Francia é Inglaterra se hallaron dispuestas á dar la mano á la Italia, mientras la guerra de los labradores en los países alpinos impedía al archiduque Fernando mezclarse en los asuntos italianos, los principales interesados en la libertad de Italia se entretuvieron en intrigas mezquinas en lugar de coger la ocasion por los cabellos. Los italianos, en vez de apelar al sentimiento nacional, especularon sobre las debilidades humanas de un varon importante para seducirle, á fin de no luchar con él. Existia la conciencia de un gran momento en la vida de Italia, y Giberti, el confidente del Papa, escribió: «Se trata de salvar á toda la Italia ó dejarla hundirse en eterna esclavitud.»

Un levantamiento de toda la Italia tenia en su favor la insolencia de los generales imperiales y la conducta indisciplinada de las tropas, dispersadas en innumerables guarniciones. Estas tropas, á las cuales se debía el sueldo, aplicaban en pequeña escala las extorsiones que los generales practicaban en grande. Por lo tanto Nájera instó al emperador á que continuara la campaña antes que dejar al pobre pueblo gemir bajo la opresion, que empezaba á suscitar en diferentes puntos resistencia armada contra los mercenarios extranjeros. A esto se agregaban divergencias entre los jefes imperiales, y la ingratitud con que Carlos V recompensó los servicios de Pescara, el verdadero vencedor de Pavía, dió ocasion á que Morone, canceller de Milan, osara de acuerdo con el Papa hacer proposiciones para comprar á aquel caudillo. Morone, diplomático por experiencia, conocedor de los hombres y alabado por su soberano como el hombre que sabia sacar ventaja de todas las situaciones, olvidó que él mismo habia calificado en otro tiempo á Pescara de perverso é infiel y creyó esta vez poder apelar á los sentimientos italianos del general, que á la verdad habia nacido en Nápoles, pero que descendía por su padre y por su madre de nobilísimo linaje español. Pescara, que habia recibido sus primeras heridas en Rávena y las últimas en Pavía, era dueño como nadie de los corazones de los guerreros españoles, y cuando le propusieron que hiciese traicion al emperador se decidió por el contrario á guardarle fidelidad. No se sabe si esta resolucion de fidelidad tuvo mas ó menos influjo en su ánimo al ofrecerle los tentadores el trono de Nápoles; por cierto es que aquel valiente, cuya conducta habia sido inmaculada hasta entonces y que era idolatrado de su esposa, Victoria Colonna, la primera mujer de Italia, empañó el último período de su vida (pues murió en diciembre de 1525) haciendo el papel de espía, á la verdad con gran talento. Dió al tentador su palabra como soldado, general y caballero, y

ofreció al Papa, como descontento é italiano, su entrada en la alianza contra el emperador, y al mismo tiempo comunicó á Carlos V todo lo que ocurría, si bien diciendo en una carta: «No puedo menos de confesar que faltó á la palabra que he dado á alguien.» Finalmente coronó su papel de traidor atrayendo á Morone, que empezaba á concebir recelos, á Pavía con seguridades repetidas, y una vez que le tuvo allí le hizo poner preso. A su muerte creyó acallar los remordimientos de su conciencia recomendando en su testamento á su prisionero á la gracia del emperador, y, en efecto, un año despues estaba Morone empleado al servicio de Carlos V.

El Papa, cuya cobardía é informalidad parecen en todo este tiempo crítico doblemente repugnantes, titubeó mucho tiempo todavía entre ambos partidos, desconfiando de todos, así como todos desconfiaban de él con justo motivo. Mientras los venecianos estaban decididos á defenderse (aunque hubiesen de llamar á su auxilio á todos los demonios del infierno,) el papa Clemente trató de aplazar su resolucion, y hasta á los mismos imperiales indicó la posibilidad de su desercion, para declarar despues que sufriría con los demás príncipes italianos tranquilamente el martirio de la sumision. Hay que decir tambien que las vacilaciones de Francisco I y la reserva cautelosa de Wolsey contribuyeron á que se perdiera un tiempo precioso para la Italia, pues hasta el 22 de mayo de 1526 no se realizó la alianza bajo la proteccion de Inglaterra entre la Francia, el Papa, Venecia, Florencia y Milan. Esta «santa liga» de Cognac se proponia: obligar al emperador á abandonar su posicion en la alta Italia y á restituir al rey Francisco sus hijos, y arrojarle tambien de Nápoles en el supuesto de que no evacuara la Italia del Norte. Francisco I solo se reservó sus derechos sobre Asti y Génova; mas el papa Clemente le ofreció sin escrúpulos tambien á Milan, cuando el castillo de esta capital, sitiado por los imperiales, tuvo que capitular despues de una tentativa desesperada de los milaneses de sublevarse para libertar á Sforza. En general, la direccion de la guerra por parte de los italianos induce á sospechar que no tenian entonces gran fe en su causa ni la confianza indispensable en su propia fuerza, á pesar de sus declamaciones ardientes sobre la libertad de la patria y la tiranía española; pues á no ser así, habrian debido forzosamente derrotar á diez ó doce mil hombres de tropa enemiga, que habian perdido su gran jefe Pescara, que se hallaban en medio de una poblacion que les odiaba y que además no podian esperar del emperador ni dinero ni otro auxilio alguno. Lo que acaso podrian haber hecho en favor de la empresa italiana los generales del Papa, lo echó á perder el general veneciano Francisco de Urbino con su tímida circunspeccion, pues no se atrevió á pasar ríos como el Adda ó el Oglio, «como si fueran el Indo y el Ganges,» segun expresion de un contemporáneo. En tres dias efectuó tres horas de marcha con su gente, y claro es que los guerreros endurecidos en innumerables combates, aunque desmoralizados, no podian mirar sino con desprecio á tales contrarios. Mientras estos valientes, libres de temores gracias á la flojedad de los italianos y á la frivolidad del rey de Francia, mantenian alta la bandera del emperador, éste, recién casado en España, llevaba una vida retirada, pero cuya ostentacion y lujo no parecieron turbados por el fragor de la lejana guerra. Carlos pudo considerarse protegido por la fortuna, porque raras veces se habrá visto un monarca fiar tanto á la casualidad en medio de las luchas mas colosales. Supo encadenar á su persona, á pesar de su carácter cauteloso, á todos sus servidores, los cuales sin encontrar ni ayuda ni agradecimiento de parte de su soberano, ciertamente el mas altanero que puede imaginarse, empleaban todas sus fuerzas en

su servicio. La revolucion española como la alemana fueron dominadas sin que Carlos hiciera nada de su parte para ello. En Pavía habian vertido su sangre y alcanzádole la victoria otros servidores, y el rey prisionero fué conducido á España sin haberlo ordenado siquiera Carlos. A la sazón empezó á hacer armas contra él la liga italiana, mientras la herejía iba organizándose cada dia mas en Alemania y las huestes vencedoras del sultan se acercaban á la Hungría, abandonada de todos. Carlos celebró sus bodas con la elegante Isabel de

Portugal en 3 de marzo de 1526, y en lugar de socorrer á su ejército en Italia, que carecia de todo, derrochó á su vista la riqueza de España y de las Indias; y así como no habia recompensado los méritos y sacrificios de Pescara, como si fueran cosa obligatoria, del mismo modo ultrajó en el momento de mayor peligro al mejor de sus capitanes, á Antonio de Leyva, acusándole de defraudador.

Apenas se comprende que al emperador faltara dinero para las necesidades mas apremiantes de la guerra si solo



Isabel de Portugal

Cuadro del Ticiano (que vivió desde 1477 hasta 1576), existente en el Museo de Madrid

se atiende á los recursos que le facilitó España en aquella época, pues las cortes de Castilla le concedieron en los años de 1523, 1524 y 1525 contribuciones extraordinarias llamadas servicios, cada vez de 300,000 á 400,000 ducados, mientras el importe de las confiscaciones fué calculado en dos millones; el dote de Isabel subió á un millon, y á esto hay que agregar una contribucion concedida en el verano de 1526 y llamada de la Cruzada, la cual empeñó Carlos inmediatamente por 800,000 ducados. Los moriscos de Granada le dieron 80,000 ducados; el clero le hizo grandes donativos, y las rentas de ultramar se habian aumentado desde la conquista de Méjico de 100,000 hasta 200,000 ducados anuales. En 1527 y 1528 declararon las cortes de Castilla que el pueblo estaba completamente exhausto, sobre todo las clases media y baja, que gemian bajo la carga de la alcabala.

Por otra parte no puede negarse que el gobierno de Carlos V tomó muchas disposiciones bien pensadas para fomentar la industria, el comercio y la agricultura; pero si bien el número de los buques mercantes españoles ascendía á centenares y solo en Sevilla trabajaban miles de telares de seda, hubo de sentirse en toda España el efecto deplorable de la política de guerra continuada durante decenios y de la salida incesante de brazos que se trasladaban á las colonias. Así la opulenta Sevilla estaba tan poco poblada en tiempo del monopolio del comercio de Indias, que toda la ciudad estaba casi en manos de mujeres.

Recientemente se ha querido probar que Carlos V no fué enemigo sistemático de los derechos de las cortes y estamentos; pero aunque se mantuvo en general en el terreno de los derechos existentes, no hizo mas que practicar el abso-

lutismo gubernativo del siglo XVI, y como dice muy bien Kofler, el absolutismo de Carlos V y de la época se distingue del absolutismo de los siglos posteriores por la tolerancia de algunos derechos en cierta manera constitucionales. Sin embargo, el carácter político de las cortes españolas había cambiado bastante con el fracaso de la revolución, pues mientras las cortes de 1518 consideraron al rey como un funcionario del pueblo, los procuradores ó representantes de las ciudades de 1523 saludaron á Carlos V como el introductor de una edad de oro y como ley viva, estableciendo la doctrina de que las leyes y costumbres están sometidas á los reyes, que las podían hacer ó abolir. En aquel tiempo comenzó á verificarse la transformación en virtud de la cual sirvieron los empleos municipales para dar colocación á la nobleza baja. Los caballeros é hidalgos empezaron á quejarse de que los de su clase eran encerrados en la capital en las mismas cárceles que el pueblo bajo. Se pidió para todo español el



Moneda del papa Clemente VII

Tamaño del original, que fué acuñado durante el sitio de 1527 con el metal procedente de los objetos del culto tomados de las iglesias.

Anverso: En el centro el escudo de armas del Papa, ó sea el de la familia Médicis, con la tiara papal y las llaves. La inscripción circular dice: CLEMENS . VII . PONTIF . MAX. - Reverso: En el centro los bustos de San Pedro y de San Pablo, y encima la inscripción: S(anctus) PA(ulus) † S(anctus) PE(trus), y debajo: ALMA ROMA, y la cifra ó señal del artífice que la acuñó. - Estas monedas son muy raras, porque habiendo sido dorados los objetos sagrados que se emplearon para acuñarlas, fueron recogidas después del sitio y fundidas de nuevo para separar el oro.

derecho de llevar espada, y Carlos V fomentó estas pretensiones de orgullo diciendo á los castellanos que él estimaba entre todos sus súbditos mas que todos á los españoles por su mucha nobleza y grandeza, por lo cual debían también cumplir el deber sagrado de auxiliar á su señor, á Dios y á la religión cristiana, ya que toda la política del rey tenía por objeto aumentar la gloria y el bienestar de España. En aquellos años se españolizó completamente el habsburgo Carlos, originario de Flandes, tanto que desde entonces pareció la cabeza natural de esta nación tan noble y católica. Para los españoles era un nuevo motivo de orgullo el venerar en su rey, según dijo Carlos mismo, al vicario de Dios elegido para jefe de toda la cristiandad.

No fué tan satisfactoria para la masa de los españoles la guerra que estalló en el año 1526 entre los dos vicarios de Dios; y Baumgarten ha dicho con razón que la acusación de haber descuidado completamente la herejía de Lutero y los movimientos de los turcos, no solo cae sobre el Papa sino también sobre el emperador, cuya boca respiraba desde años odio á los herejes y no cesaba de hablar de guerra contra los turcos. Clemente VII envió por lo menos algún dinero á Hungría, pero tanto él como el emperador estaban muy lejos de abandonar sus proyectos ambiciosos y sus contiendas á veces muy mezquinas enfrente de una amenaza capital á los intereses cristianos y de todo el Occidente europeo. El Papa estaba particularmente empeñado en que se le restitui-

eran Reggio y Rubiera, de cuyas ciudades se había apoderado el duque de Ferrara, y el emperador tomó bajo su protección á este contrario de los Médicis.

Las amenazas se fueron haciendo siempre mas claras; el duque de Sessa, embajador de España en Roma, exhortó al Papa á pensar también en la Alemania y la Hungría, y particularmente contribuyó á los no interrumpidos esfuerzos que se hacían para inducir al emperador á que redujera el Estado territorial de la Iglesia y promoviera una reforma eclesiástica. A la pregunta del embajador de si las voces de una guerra inmediata eran fundadas, contestó el Papa que cuando empezara la guerra ya se sabría oyendo los toques de trompeta. Cuando Carlos envió á Roma con una misión extraordinaria á Hugo de Moncada para hacer la última tentativa á fin de que el Papa cambiara de intención, prometiéndole las mayores concesiones posibles, el pontífice, tan indeciso y vacilante siempre, llevó entonces las cosas á la completa ruptura, y esto á sabiendas, como decía orgullosamente, para la liberación de Italia, patria común de todos los pueblos, riéndose de los ofrecimientos tardíos de Moncada. El de Sessa, hombre de carácter vivo, al volver á caballo á su alojamiento saliendo de la última audiencia del Papa hizo sentar á la grupa de su caballo á un bufón que durante todo el camino hacia muecas á los romanos. El Papa envió un breve redactado en lenguaje violento al emperador, hablando de los malos consejeros que le seducían, despertando en él una ambición ilimitada de aumentar su poderío; pero con esto se apaciguó el humor belicoso de Clemente VII, tanto mas cuanto que se aumentaron á su alrededor los peligros; pues el ambicioso y belicoso cardenal Pompeo Colonna, que ya en el pontificado de Julio II había excitado al pueblo romano á conquistar su libertad, se enemistó también con Clemente VII. Entonces los Colonna, como en otros tiempos, no desmintiendo su pasado gibelino, marcharon con otros magnates del país contra Roma, enemiga del emperador. Moncada tenía orden de Carlos de auxiliar ocultamente y en un caso extremo á los Colonna y á su instigación hicieron estos un convenio fingido con el Papa, que se dejó coger en la red y confiando en el convenio licenció sus tropas menos algunos cientos de hombres. Así consiguieron sorprender en 20 de setiembre, casi indefenso, al engañado enemigo, sin que de la población se moviera un solo hombre, siendo el resultado un saqueo brutal que no respetó ni los sagrados tesoros de la iglesia de San Pedro. Fué este un preludio de otro saqueo peor que aguardaba á los romanos. El Papa se refugió en el castillo de Sant-Angelo, diciendo que quería morir como Papa y que era hombre de defenderse con una pica como cualquier soldado, lo que por cierto estaba muy poco en armonía con aquello de morir como Papa. Por la noche negoció con Moncada, el cual dándole las mas hipócritas excusas le devolvió la tiara, que los saqueadores habían robado, y le invitó á hacer la paz con el emperador, «cuyas armas vencedoras ni el mismo Dios podía resistir impunemente.»

Después de esta lección muy seria llegó la noticia conmovedora de la destrucción del ejército húngaro cerca de Mohacs; el Papa declaró secretamente nulo el convenio que se le había impuesto y se vengó de la traición de sus enemigos, en especial de los Colonna, á pesar de haberles asegurado su amnistía, asolando horriblemente sus posesiones. «Primer morir que vivir mas tan vergonzosamente,» gritó el Sumo Pontífice apasionado, que no pensó mas que en vencer y vengarse. No puede vituperarse al emperador si contestó á aquel breve del Papa con un escrito voluminoso de defensa, fechado en 17 de setiembre de 1526, en cuyo documento dejó la política romana del Papa desde su elección al trono

pontificio completamente aniquilada, diciendo que Clemente había desligado al rey de Francia de su juramento hecho en Madrid, lo que el emperador, según dice, prefiere no creer; pero en cambio sostiene las acusaciones gravísimas de Pescara, que designó al Papa como cabeza de la conspiración contra el emperador y al cual habían dicho autoridades romanas que sin mengua de su honor podía faltar á su fide-

dad al emperador. Añadía Carlos con ironía que apenas podía imaginar que el vicario de Jesucristo en la tierra quisiera verter una sola gota de sangre por unos bienes terrenales. El final del escrito dice que si el Papa en lugar de hacer la paz prefiere proceder como cabeza de partido, apelando á la fuerza como salteador para apropiarse bienes ajenos, en lugar de obrar como padre y pastor, el emperador apelaba al juicio



Jorge de Frundsberg

copia de un retrato que se conserva en el castillo de Ambras

de un concilio universal, de cuya próxima convocación, que había prometido á los alemanes, hizo responsables en una carta posterior á los cardenales, amenazando que de no convocarlo, aplicaría él en virtud de su dignidad imperial los remedios mas convenientes.

Durante el verano se había tomado ya en consideración en la corte imperial el recurso de tranquilizar á los herejes alemanes con una tolerancia pasajera, para lograr así auxilios mas enérgicos del imperio alemán. Carlos sometió esta cues-

tion á su hermano Fernando, sin pensar por esto ni remotamente en entrar en tratos serios con los luteranos, lo cual ni siquiera fué menester, porque el solo hecho de estar el emperador reñido con el Papa bastó para hacer la guerra de Italia popular en Alemania; los soldados mercenarios se reunieron en tropel á las banderas de Frundsberg, que recordaban las jornadas de Pavía, y aun en el siglo XVII se cantaron en Alemania canciones de aquella soldadesca recordando cuando pelearon en Pavía contra los alemanes y suizos, sus